

ellas piensan «bajamente». Pero las vanguardias porveniristas, los hombres de izquierda, los intelectuales que no sean carne de venta, los obreros, los estudiantes, tenemos, todos este deber. La América Latina joven, y antemperialista debe protestar, más allá de los simples artículos de prensa gremial o de los discursos de mitin cerrado. Debe coordinar una vasta protesta continental. Si las masas no

han visto aún la significación histórica de Marruecos, hay que descubrirlo en toda su realidad. Y debe protestarse hasta que se oiga en Europa nuestro clamor.

Cuando «la criminal Alemania invadía la santa Francia», por las calles de nuestras ciudades desfilaban las multitudes ingenuas pidiendo armas para exterminar al «demonio germánico»...

Pero el Derecho, la Justicia y la Libertad no las defendía Francia entonces. El Derecho, a vivir, la Libertad de su pueblo, la Justicia de su tierra invadida sanguinariamente, he ahí lo que defienden los moros, ante la impasibilidad de las burguesías del mundo civilizado y cristiano...

HAYA DE LA TORRE

Londres, setiembre de 1925.

SE lo había llevado una *leva* bruscamente, en nombre de la patria; y el indio lleno de años se quedó, en un rincón de la cabaña, masticando la coca de las tardes tristes, sin protestar, sin sollozar tampoco, anonadado. La *leva* consiste en dos oficiales a caballo que se llevan al «voluntario» a gritos, sin escuchar las súplicas de los padres viejos. Hubieran debido escucharlas esta vez, pues Quispicanchi no tenía en el mundo otro valedor. Su hijo, aquel mocetón de veinte años, le ayudaba a cultivar el *chuño* en el vecino andén de la montaña, a salar el carnero para el *charqui* de invierno y a tocar con él la flauta de siete carrizos desiguales. Cuando Mama Luna dejaba el rastro de su sandalia en las nieves, exhalaban ambos en sus *quenas* un quejido de cuatro siglos, monótono y como congelado en el frío de las altas latitudes.

A pie, con las manos atadas a la espalda, se llevaron esta mañana al nuevo recluta al cuartel de Lima, en donde aprendería a ser peruano; es decir, que se avergonzaría pronto de aquel padre hirsuto que vivía entre animales familiares, chachando coca.

El viejo Quispicanchi removió las cenizas de *taquia* (estiércol de llama) para hacer en el agujero de la choza el inventario de su caudal: cincuenta soles de plata arropados en una bolsa de lana de vicuña. Y después de encerrar en el galpón a su llama única, bajó a escape los pretilos de aquella sierra cortada a pico en el cuarzo milenario.

En la calle central del poblado vecino, llamó primero a la puerta del escribano. Era éste un mestizo verboso y marrullero que, habiendo estudiado leyes en la Universidad de la República, conocía ya el arte melancólico de explotar a su raza. En quechua y en castellano, con el suspiro entrecortado y la cantora voz con que se expresan habitualmente los indios, Quispicanchi explicó su cuita:

—Se llevando, pues, al guagua. Yo riclamando, taíta.

«Riclamando, pues», al hijo que era el apoyo de su vejez. El escribano sabía bien cómo se opera en casos semejantes. Con letra oronda y ras-

## La postrer amiga

gos pertinentes, empezó a escribir frases de lindo corte, sobre ese papel sellado que hace temblar a los indios, pues significa—¡tantas veces!—el despojo en nombre de la ley: «El infrascrito Quispicanchi, ciudadano peruano, inteligente en el idioma castellano, ante V. S., con el debido respeto, me presento y digo...»

Era preciso firmar al cabo del largo documento. El indio no sabía. Entonces, llevándole la mano torpe—sólo muy hábil y levisima sobre los agujeros de la flauta peruana—le hicieron trazar un vago rasgo. Hubo de pagar, antes de salir, algunos soles de plata.

En la puerta, el indio, vacilante, pareció consultar el cielo y los altos cóndores que remaban hacia el Poniente.

—Buenos días, taíta, dijo al ver pasar al señor cura en un caballo gigantesco con pretal y tranqueras de cuero negro claveteados de plata. Se fué siguiéndole en silencio, con ese paso trotón de los indios que suben cuevas y calvarios sin fatigarse. Cuando el taíta se apeó en la puerta del curato, Quispicanchi hincó la rodilla en tierra y le besó la diestra.

—Si llivando, taíta, al guagua. Yo riclamando, pues...

El cura sonrió distraídamente. Redondo, patriarcal, harto de bienes terrenales—cafetales, carneros, etc.—don Fulgencio era el sumo personaje del valle. Gobernaba a caballo bebiendo chicha y aguardiente más sabroso que insípido vinillo de misas. Al saber que se habían llevado al hijo de Quispicanchi alzó los hombros. ¡Qué podía hacerse ya! Además, lo reclama la patria y no debemos omitir sacrificio alguno en pro de los altos intereses nacionales... El indio viejo comprendía apenas estas palabras redondas y pulidas como las piedras del torrente, que también grita en la noche cosas oscuras y malélicas. Sin replicar buscó dinero en su alcancía de lana para un cirio de iglesia. Quizá la Virgen escucharía

esta demanda de un padre anciano que ya no podía recoger el chuño de las cosechas ni salar el carnero para el invierno. Dos soles de plata valía el lindo y alto cirio con chorreras de oro y arabescos de cera rosa, un cirio capaz de enternecer al santo más remiso. Sólo que le inquietaba al indio el rostro de esta Virgen de negras cejas, desfalleciente en su nicho, como empalidecida por tantas súplicas.

Al prender la nueva flama, Quispicanchi vió con terror veinte cirios más. ¡Sin duda la leva hacía estragos en los alrededores!

¡Ah, si la Virgen fuese un poco más criolla, cómo la hubiera imprecado y amado! Pero aquel rostro de infanta española, el anticuado velludo del manto con sus guayruros y sus abalorios, la cabellera tan sedaña, nada inspiraba confianza a Quispicanchi. Ante una Virgen india que hubiera concebido con pecado, ¡cuántas cosas supiera prometer! En la puerta de la capilla contó los soles que le quedaban y se fué a casa del brujo.

El brujo era indio como él, sabía el quecha y la lengua de las aves de rapiña y el grito de la Alpaca celeste cuando el Zorro estelar la persigue en las noches heladas. Pero quince años de aguardiente le mantenían en un erizado sopor de sibila. Apenas hubo escuchado la súplica y recaudado el precio de la consulta, añadió algunas hojas de coca al bollo de cal que masticaba interminablemente, escupió con respeto hacia los cuatro puntos cardinales y se quedó averiguando si los cóndores viraban en redondo sobre la más vieja *huaca* del valle. En vano Quispicanchi quiso explicar su congoja, contar minuciosamente cómo vinieron los militares a despertar al hijo a puntapiés y con un «arza» conminatorio y sin réplica respondían al lamento del viejo des-pavorido. Después se fueron canturreando una tonada de marinera. «Yo riclamando, pues»...

El brujo se rascó las liendres del cabello que nunca había peinado, y con un gesto de la mano afilada como pata de gallo muerto, quiso explicar que los indios no podían reclamar nada con éxito, desde que el mismo Hui-